

## 4 IMAGINACIONES COSMICAS

Segunda conferencia - Dornach, 6 de octubre de 1923

Ayer surgía ante nosotros, como resultado de una comprensión profunda a lo largo del año, la imagen de Micael luchando con el dragón. Por cierto, el arte verdadero no puede ser otra cosa que la restitución de aquello que experimenta el ser humano en su comunión con el universo. Quede claro, esta restitución es posible a grados diferentes y según puntos de vista variables; pero no será una obra de arte total que aquella que hará nacer en la sensibilidad la impresión que a partir de esta obra pueda abrirse el alma a los misterios del universo.

Hoy vamos a continuar nuestro estudio del curso del año con el mismo espíritu de ayer, cuando nuestras consideraciones culminaron en la imagen de Micael dominando al dragón.

En las exposiciones precedentes hemos aprendido que al aproximarse el otoño se produce como una inspiración de la tierra, una inspiración espiritual; los seres elementales que, en el apogeo del verano, habían encontrado el camino del mundo exterior, son llevados de vuelta a su seno mismo; en el momento de Miguel toman el camino de vuelta, se retiran más y más, hasta que en el corazón del invierno se hayan unido lo más íntimamente en el seno de la tierra.

Tenemos entonces que representarnos que es precisamente en la estación del invierno cuando la tierra está en su más alto grado de repliegue sobre si misma. Ha reabsorbido en su seno todos los elementos y en particular los elementos espirituales que había dejado expandirse al exterior durante el verano. Y es por lo que, con el fin de tener una base para nuestro estudio, tendremos que contemplar el ser de la tierra durante el invierno, sin olvidar por supuesto que lo que es invierno para un hemisferio es verano para el otro. No debéis perder eso de vista. Pero ahora nos representamos un hemisferio en el momento en el que el pleno invierno no está lejos. Es entonces cuando la tierra despliega en el sentido más profundo de la palabra su ser propio, lo que hace que ella sea plenamente la tierra.

Considerémosla: ella es un núcleo sólido que a primera vista no muestra al exterior que su superficie; pero este núcleo sólido de la tierra está recubierto en gran parte por la hidrosfera, la masa de agua de la tierra. Los continentes flotan de algún modo en esta masa líquida. Y nosotros podemos incluso imaginarnos esta masa líquida prolongándose en la envoltura atmosférica de la tierra, porque esta envoltura está siempre impregnada de agua; un agua ciertamente mucho menos densa que la de la mar y ríos, pero, cuando subimos de la mar a la atmósfera, no encontramos una delimitación trazada netamente en el elemento líquido. Si queremos trazar un esquema de la tierra, debemos proceder de la manera siguiente: tenemos en el centro el núcleo sólido de la tierra (imagen I, en verde); alrededor de este núcleo tenemos el dominio líquido (en azul). Naturalmente tendría que dibujar los continentes que emergen de las aguas, etc. Todo eso es una imagen caricaturesca, porque los salientes de los continentes deberían de recordarnos más o menos el relieve de una naranja. Tenemos ahora que envolver todo eso que he llamado la hidrosfera, la masa líquida en suspensión en la atmósfera. Miremos esta formación (en azul) y preguntémonos que es exactamente. No deberíamos creer que esta

formación se ha constituido únicamente a partir de ella misma, es un agua repartida por todo el cosmos. Es el cosmos entero el que le da su forma. Únicamente porque el cosmos es esférico en todas sus partes, porque es una bola, el agua, la masa gaseosa que se eleva a las alturas, nos aparece delimitada por una esfera.

De esta formación se ejercen sobre el conjunto poderosas fuerzas. De manera que, si miramos la tierra desde otro planeta, ella nos aparecería, digamos por ejemplo, como una gota de agua en el universo, una gota de agua en la que habría toda clase de salientes, unos continentes que aparecerían con colores un poco diferentes; pero la tierra nos aparecería como una gota de agua de grandes dimensiones en el cosmos.

Examinemos ahora este conjunto de hechos desde el punto de vista cósmico. ¿Qué es justamente esta gota, esta gota de agua que va por su camino en el universo? Es algo que debe su forma a todo un conjunto de relaciones cósmicas. Cuando examinamos la cosa según la ciencia del espíritu y que entramos en la Imaginación y la Inspiración, la experiencia que se hace entonces nos enseña exactamente lo que es esta gota. No es otra cosa que una gota gigante de un color plata vivo, de mercurio, salvo que la sustancia mercurial está presente ahí en un estado dilución extraordinario, una dilución extrema. La posibilidad de diluciones tan elevadas está rigurosamente demostrada ahora por los trabajos de la Sra. Kolisko. En nuestro Instituto de biología de Stuttgart, se han hecho por primera vez ensayos con miras a fundar eso sobre una base rigurosa. Ha sido posible obtener diluciones de ciertas sustancias en la relación de 1 a un trillón, y se ha llegado efectivamente a establecer con exactitud la acción que ejerce esta sustancia en este grado de dilución.

Por consiguiente, aquello que hasta hoy no era en homeopatía que artículo de fe ha sido elevado efectivamente al rango de ciencia exacta. Gracias a las curvas que han sido trazadas, no se puede dudar ya que la acción de dosis infinitesimales se ejerce según un ritmo. Yo no quiero entrar aquí en los detalles, estos trabajos han sido publicados y los resultados pueden ser verificados. Yo quiero resaltar únicamente que incluso en el dominio terrestre, debemos de tener en cuenta las altas diluciones y la acción que pueden ejercer.

Aquí, tenemos algo de lo que podemos decir: cuando usamos una cantidad pequeña, tenemos el agua. Sacamos el agua del río o de la fuente con nuestro recipiente, y utilizamos este agua. Es agua, seguro, pero no existe agua que sea solo hidrógeno y oxígeno. Las aguas ferruginosas – y otras también – muestran la evidencia. Pero un agua compuesta solamente de hidrogeno y oxígeno, no existe. Todo agua, donde aparezca, contiene otros elementos. Desde el punto de vista del universo, la masa global de las aguas de la tierra es esencialmente mercurio. Solo las pequeñas cantidades que nos son accesibles son agua para nosotros. Para el universo, esta agua no es agua, es mercurio.

Podemos decir entonces: primero, y en la medida en que consideramos la hidrosfera con el agua que la constituye, tenemos que ver, desde el punto de vista del universo, con una gota de mercurio. Bien entendido en esta gota de mercurio están incorporadas las sustancias minerales, resumiendo, todo lo que es tierra. Estas sustancias representan la masa terrestre sólida. Tienen tendencia a adoptar las formas particulares que les son propias. De modo que, cuando miramos esta formación en el cosmos, tenemos que tener en cuenta la forma esférica general que es la del mercurio – el mercurio metálico ordinario es solo, diría yo, el símbolo querido por la naturaleza para señalar el comportamiento general del mercurio -, obtenemos muy precisamente la forma esférica. Ahí se encuentra incorporado lo que, de la forma más diversa, mas diferenciada, se da sus propias formas, a saber las formas cristalinas de los minerales. Está incorporado en esta esfera, de modo que podemos decir: tenemos ahora esta formación delante de

nosotros, tierra, agua, aire, con esta tendencia a tomar la forma de la que acabo de hablar – formas diferenciadas de cristales en el interior y, en conjunto, la tendencia a revestir la forma esférica (imagen I).

Cuando tomamos el aire (en rojo oscuro) que constituye la atmósfera alrededor de la tierra, ahí ya no podemos hablar de aire en estado puro; este aire tiene siempre la tendencia a penetrarse de calor de una manera y a un grado cualquiera. Está penetrado por el calor (en violeta). Debemos entonces añadir aquí el cuarto elemento: el calor que está almacenado en el aire.

Este calor que entra desde arriba en el aire, es él el que lleva esencialmente en sí mismo, haciéndose de algún modo el mediador entre el universo y el aire, el proceso de sulfuración. Podríamos decir igualmente que el proceso de sulfuración es traído del cosmos. A este proceso viene a añadirse el proceso mercurial en el medio agua-aire, como he expuesto: aire-calor = proceso de sulfuración; agua-aire = proceso mercurial. Si nos volvemos ahora a la tierra, hacia el interior de la tierra, entonces entra en línea de cuentas, respondiendo a la voluntad profunda de la tierra, el proceso de acidificación. Y notablemente – las sales proviniendo de los ácidos – la salificación. De modo que, cuando elevamos nuestra mirada hacia el universo, lo que debemos de ver, es el proceso de sulfuración. Si prevemos la tendencia propia de la tierra de tomar la forma de una gota cósmica, lo que vemos entonces en efecto es el proceso mercurial... Si bajamos nuestra mirada hacia el suelo y hacia la vida que brota en primavera, en el brote, el crecimiento, la floración, es el proceso de salificación el que tenemos ante nuestros ojos. Este último proceso tiene también una importancia primordial para la vida vegetal, porque las raíces de la planta, formándose a partir del grano, dependen totalmente, para todo su desarrollo, de la relación que tienen con las sales, con la formación de las sales del suelo. Las sales contenidas en el suelo, en el sentido más amplio del término, los depósitos de sales en el interior del suelo, es eso lo que penetra la sustancia de las raíces, lo que hace que una raíz sea una raíz, es decir que hace de ella la base terrestre de la vida vegetal.

Tenemos entonces, cuando nos aproximamos de la tierra, el proceso sal. Es lo que por así decir hace la tierra de su propia sustancia en el corazón del invierno, mientras que por ejemplo en verano todo pasa sobre la tierra, diría yo, de una manera bastante mezclada. Los procesos de sulfuración rayan los aires, también hay un proceso de sulfuración en el relámpago y el trueno; este proceso desciende lejos en la tierra; de ahí viene que todo lo que participa en el transcurso del año está igualmente impregnado de azufre. Y hacia el tiempo de Miguel interviene el proceso por el que el hierro rechaza este proceso de sulfuración, como he expuesto ayer. Y luego el proceso de sal está mezclado en la atmósfera durante el verano, porque las plantas, al desarrollarse, al crecer, hacen subir las sales por sus hojas y sus flores hasta los granos. Naturalmente, encontramos sales en las diferentes partes de la planta; se eterizan entonces, se depositan en los aceites etéricos, se aproximan al proceso de sulfuración. Pero las sales son llevadas hacia arriba por las plantas. Su ser se extiende hacia fuera, se convierte en el ser de la atmósfera.

En pleno verano, tenemos entonces una mezcla de tres principios: mercurio, azufre y sal. Cuando estamos de pie sobre la tierra en pleno verano, nuestra cabeza está sumergida en una mezcla de azufre, mercurio y sal, mientras que en el momento en que comienza el pleno invierno significa que cada uno de estos principios – sal, azufre, mercurio – revisten su carácter propio, su naturaleza intrínseca, las sales son llevadas al interior de la tierra y lo que penetra en la hidrosfera, en lo que es agua, la tendencia a formar una esfera pulida, a dar a luz de algún modo en la capa de nieve esférica – o por lo menos en ciertas zonas de la esfera cubiertas de nieve – un signo exterior de la

adopción por el elemento líquido de la forma redondeada, esférica. El proceso de azufre se retira por así decir, aunque en esta época del año podemos ahorrarnos el considerar este proceso como algo particular. En cambio, otra cosa tiene lugar en el corazón del invierno.

Las plantas se han desarrollado desde primavera hasta el otoño. Han subido a la semilla. ¿Qué es justamente la formación de semillas? Cuando las plantas suben a la semilla, se produce en la naturaleza algo que prolongamos, diría yo, muy torpemente, de la manera humana, pero que prolongamos no obstante cuando hacemos de las plantas nuestro alimento: las cocemos. ¡Pues bien! Esta ascensión hasta la flor. Esta producción de la semilla es una cocción natural, es un encaminamiento hacia el proceso de sulfuración. Ellas están en su más elevado grado de sulfuración cuando el verano está en su apogeo. Al aproximarse el otoño, estas combustiones llegan a su fin.

Naturalmente, en el mundo orgánico, todo es diferente de los procesos densos del mundo inorgánico, pero el producto de toda combustión es la ceniza. Y eso que se manifiesta en otra vía en la salificación, en la salificación requerida por así decir al interior de la tierra, se suma lo que, producto de la fecundación de las plantas, de su florecimiento, de este proceso de cocción, ha caído de cada planta al suelo. Eso desempeña un papel muy importante, en el que ordinariamente no se tiene ninguna cuenta. Este proceso comparable a la ceniza que cae del horno desempeña un papel muy importante sobre la tierra a lo largo de todo el año, porque la formación de la semilla, que es en el fondo un combustión, cae constantemente ceniza, y a partir de octubre la tierra queda completamente impregnada.

Cuando consideramos la tierra en pleno invierno, tenemos en sus profundidades la tendencia a la formación de sales, luego tenemos bajo su forma mas clara, mas acusada, el proceso de mercurio, la formación de mercurio; y mientras que en el verano debemos de tener en cuenta el proceso azufre, del cosmos extraterrestre, tenemos entonces la formación de cenizas.

Lo que en cierto modo alcanza su apogeo en Navidad se prepara desde el tiempo de San Miguel. La tierra se solidifica más y más con vistas a convertirse en invierno en un cuerpo cósmico, a manifestarse por la formación de mercurio, de sales, de cenizas. ¿Qué significa esto para el universo?

Pues bien, si una pulga se hiciese anatomista y si ésta examinase un hueso, no tendría delante de ella, más que una pequeña parte, porque ella misma es pequeña, y porque examinaría el hueso desde su perspectiva de pulga. La pulga constataría entonces que el hueso esta hecho de fosfato cálcico, de carbonato de calcio, etc. Pero no tendría idea esta pulga anatomista que eso es solo una pequeña parte del esqueleto. Cierta la pulga salta, pero, al examinar solo una pequeña parte, estaría siempre a la misma escala. No le serviría de mucho al geólogo o al mineralista el poder saltar como una pulga gigante, haría exactamente lo que hace cuando estudia la masa rocosa de la tierra, que en su totalidad representa un esqueleto. Por consiguiente, la pulga no describiría el sistema óseo, no separaría una pequeña parte con su martillo. Digamos que con su pequeño martillo de pulga quitaría una parcela de la clavícula; nada, en esta parcela de carbonato de calcio, de fosfato de calcio, etc., le revelaría que el conjunto es una clavícula, y aún menos que ella es una parte de todo el sistema óseo. Ella arrancaría una parcela con su pequeño martillo y la describiría desde su punto de vista pulguero, de la misma manera que un ser humano describe la tierra en alguna parte, digamos sobre la colina de Dornach, arranca con su martillo un pequeño trozo de caliza jurásica. ¿No?, el describe este fragmento y eso da, una vez elaborado, la mineralogía, la geología, etc. Todo eso a gran escala, pero será siempre desde el punto de vista de la pulga.

Naturalmente, no es así como se llega a la verdad, no es así como hay que hacer; se trata por el contrario de concebir la unidad de la forma terrestre, una forma que encuentra su grado más elevado de solidificación en el corazón del invierno en los tres procesos: formación de sales, de mercurio y de cenizas.

¿Y que quiere decir eso para el ser de la tierra en su conjunto, adoptar el punto de vista del cosmos y no el de la pulga? – ¿que quiere decir eso? Pues bien, vean Uds., la salificación como depósito en el sentido físico, en el sentido donde la sal de cocina se deposita en un pequeño recipiente, la salificación en su sentido más amplio – no quiero entrar aquí en el aspecto químico de las cosas, pero el resultado sería el mismo - , todo eso posee la propiedad de ser permeable al espíritu. Allí donde hay sal, hay campo abierto para el espíritu, de algún modo. El espíritu puede entrar allí donde hay sal. El hecho de que la tierra se solidifica en lo más duro del invierno, es decir que las sales se depositan, los espíritus elementales, que se unen a la tierra, encuentran en el interior de esta un hogar, digamos, agradable; pero otras entidades espirituales del cosmos son atraídas y pueden habitar en la corteza salina presente inmediatamente debajo de la superficie del suelo. Y las fuerzas lunares devienen particularmente activas en esta costra salina, el residuo de las fuerzas lunares de las que os he hablado a menudo, esas fuerzas que quedaron después de que la luna se despegó de la tierra.

Lo que hace especialmente activas esas fuerzas lunares en la tierra, es la sal que ella contiene. Inmediatamente bajo la superficie del suelo, precisamente en la capa que se solidifica bajo el manto de nieve – el que de un lado tiende a lo mercurial, y hacia abajo pasa al estado de sal - , tenemos en todo eso la materia terrestre, la sal que penetra el espíritu. En la estación del invierno, la tierra se espiritualiza realmente gracias a la sal que contiene y que se solidifica en este tiempo.

El agua – es decir exactamente el mercurio cósmico – tiende a darse la forma esférica. Esta profunda tendencia aparece por todas partes. Y por ello la tierra adquiere la capacidad, en el corazón del invierno, no solo de cuajarse en la sal y de penetrarla de espíritu, ella tiene la capacidad de volver viva esta materia espiritualizada, de hacerla pasar al estado de ser vivo. La tierra en su conjunto toma la vida bajo la superficie en la estación invernal. Se despierta una tendencia a la vida en todo, en el principio espíritu, en el principio sal, gracias al principio mercurio. En el invierno hay un prodigioso crecimiento de las fuerzas de la tierra, que llevan a esta a hacer nacer la vida bajo su superficie.

No obstante esta vida devendría una vida lunar, porque son principalmente las fuerzas lunares, lo he dicho, las que están activas. Pero el hecho de que las cenizas hayan caído de las semillas, que todo eso, como lo he descrito, está impregnado de cenizas, hay un elemento presente que pone todo este proceso al servicio de la tierra.

La planta ha tendido hacia lo alto para entrar en el proceso de sulfuración; de ahí, las cenizas caen en el suelo. Es el proceso que lleva la planta a la tierra después de su ascensión en lo que me gustaría llamar el etérico-espiritual. Si aunque en el corazón del invierno encontramos que en la superficie de la tierra todo tiende a impregnarse de espíritu, a devenir vivo, a transformar el principio lunar en principio terrestre. La luna es forzada, gracias al resto de las cenizas terrestres caídas en el suelo, a hacer que la vida se abra no a un modo lunar, si no a un modo terrestre.

Pasemos ahora de los fenómenos que conciernen la superficie de la tierra a lo que pasa en la atmósfera, en las formas aéreas. Lo que en toda estación, pero particularmente en pleno invierno, es para el aire de la máxima importancia, es que el sol penetra el aire con su calor y luz - pero la luz nos interesa menos aquí -, que el sol atraviesa el aire con sus rayos.

La ciencia considera cada cosa aisladamente, lo que nada tiene que ver con la realidad. El aire, decimos, está compuesto de oxígeno, nitrógeno y otros elementos. En la realidad no es así. El aire no es solamente oxígeno y nitrógeno, es atravesado constantemente por los rayos solares. El aire es siempre el elemento que, durante el día, es el portador de la acción del sol – esa es la realidad. La acción del sol es pues llevada por el aire. Esta acción, ¿Qué significa? Significa que todo lo que está en la superficie de la tierra tiene una tendencia permanente a escaparse de la tierra. Si lo que he descrito precedentemente – los procesos de mercurio y ceniza – se desarrollasen a parte, por ellos mismos, no habría sobre la tierra nada más que lo terrestre. Pero como lo que quiere escaparse de la tierra es recibido en el seno de las fuerzas del aire bañadas por el sol, lo que quiere ser acción de naturaleza terrestre es transformado y reviste un carácter cósmico. La tierra ve que se le quita el poder de obrar solo en lo espiritual creador de vida. El sol hace sentir sus efectos en todo lo que crece hacia arriba. Y esto se observa – vistas las cosas desde la perspectiva espiritual – que aquí (imagen I), a una cierta distancia encima de la tierra, se manifiesta una tendencia particular. Sobre la tierra, todo quiere volverse esférico (en rojo oscuro); aquí, arriba, obra constantemente la tendencia que lleva la esfera a expandirse en un plano (en rojizo). Esta tendencia es dominada naturalmente a su vez, la tierra reprinde la forma esférica, pero a decir verdad lo que está ahí arriba, lo esférico, quiere siempre devenir superficie plana. Lo que está arriba querría deshacer la tierra de abajo, desgajarla en pedazos, siendo entonces todo lo que hay en el cosmos superficie plana.

Si se llegase a realizar esta tendencia, dejarían de existir por completo las influencias terrestres y no habría arriba más que una clase de capa atmosférica en el seno de la cual se ejercería la acción de las estrellas. Esta tendencia se expresa en el hombre con mucha fuerza. ¿En que medida participamos nosotros en tanto que humanos, en este aire portador de fuerzas solares? Nosotros lo inspiramos, y del hecho que inspiramos este aire la acción del sol se extiende de una cierta manera hacia abajo, pero principalmente hacia arriba. Con nuestra cabeza estamos permanentemente sustraídos a las influencias de la tierra. Es por eso – y por eso solamente – que se nos da la posibilidad de tomar parte en el cosmos entero. Nuestra cabeza tiende de manera constante a penetrar en la zona de las formas planas. Si nuestra cabeza no estuviese solicitada, notablemente en invierno, que por las tendencias plásticas propias de la tierra, tendríamos una experiencia del pensamiento completamente diferente. Tendríamos en efecto el sentimiento que todos los pensamientos quieren redondearse. No se vuelven redondos, tiene una cierta ligereza, elasticidad, una cierta fluidez. Esto valora esta entrada en escena particular de la acción del sol.

Ahí tenéis la segunda tendencia: el principio solar interviene en el principio terrestre. Es en el corazón del invierno cuando es más débil. Si nos alejamos todavía más en el espacio, se sentiría otra cosa. No tendríamos más que ver con la acción del sol, si no con la de las estrellas – la cual ejerce una gran influencia sobre nuestra cabeza. El sol nos restituye por así decir al cosmos, las estrellas ejercen una influencia en profundidad sobre nuestra cabeza y de ahí sobre toda nuestra formación en tanto que ser humano. Lo que os he descrito se presenta hoy de una manera diferente, por razones que expondré mañana; el hombre se ha emancipado en cierto modo – en su crecimiento, en todo su desarrollo, se ha emancipado de las influencias terrestres. Pero si nos remontamos al tiempo de Lemuria y más aún al tiempo polar, que precedió a la época lemuriense, encontraríamos un estado de cosas completamente diferente. Encontraríamos entonces la influencia considerable sobre toda la constitución del hombre de todo lo que se produce en la tierra. Conocéis la exposición sobre la evolución de la tierra que he dado en mi *Ciencia de lo oculto*. Veríamos que el ser humano está completamente

tomado en la red de influencias que he descrito. Mañana describiré, como el hombre se emancipó de esas influencias; hoy describiré las cosas como si el hombre estuviese todavía colocado bajo esa red de influencias. Y es entonces cuando se presentan a nosotros los hechos siguientes, que son completamente paradójicos para la actual manera de ver.

En efecto podemos hacer la pregunta siguiente ¿Qué transformación se opera en la madre cuando va dar a luz a un nuevo ser humano? En el origen, el ser humano estando ligado a la tierra, las cosas se presentan así: las fuerzas de la luna, que presiden la formación de las sales – después de todo lo que debe preceder para que nazca un ser humano en la tierra -, las fuerzas de la luna ejercen una influencia preponderante sobre el organismo femenino cuando se prepara a dar forma en él a un nuevo ser humano. Podemos decir entonces: si por otro lado la mujer presenta los trazos generales de la especie humana, durante el tiempo cuando el nuevo ser humano se desarrolla en ella, las fuerzas de la luna, tienen el máximo de intensidad en la mujer, en la medida en la que ellas son las que presiden en la tierra la formación de las sales. La ciencia del espíritu expresa eso diciendo que la mujer deviene luna, así como la tierra en su conjunto, cuando llega el tiempo de Navidad, está al máximo de luna inmediatamente bajo la superficie del suelo.

Entonces no solo la tierra deviene la máxima luna en el corazón del invierno, pero este devenir de la tierra se reproduce, de la misma manera, cuando la mujer se prepara para recibir un ser nuevo. Y es únicamente gracias a esta preparación que el sol obra el también de otra manera sobre la mujer, así como la influencia del sol en el corazón del invierno es diferente de la del verano. Y el futuro ser humano que se forma en el seno de la mujer está totalmente bajo la influencia del sol.

Porque la mujer está ella misma también fuertemente bajo la influencia de las fuerzas lunares, las que forman las sales, ella se vuelve capaz de recibir y de aislar en ella las influencias del sol. En la vida ordinaria, las influencias solares son recibidas por el organismo humano por el intermediario del corazón y se reparten por todo el organismo. En el momento en que la mujer se prepara a dar a luz a un ser humano, las influencias solares se concentran en la formación de este nuevo ser. Podemos decir entonces esquemáticamente: la mujer deviene luna a fin de poder recibir las influencias solares. Y el nuevo ser que aparece bajo forma de embrión es, en este sentido, de todas maneras acción del sol. El es eso que puede nacer por la concentración de las influencias solares.

En las concepciones antiguas donde se expresaba una clarividencia instintiva han sabido esto a su manera. Hubo un tiempo en la vieja Europa que había una idea curiosa. Todo bebé que acababa de hacer y que todavía no había tomado alimento terrestre, ningún alimento, era completamente diferente de lo que se convertía tras tomar la primera gota de leche, la primera alimentación terrestre. Para esta antigua concepción germánica,

eran dos seres completamente diferentes, el bebé que acababa de hacer y el que, ya fuera del cuerpo de su madre, había absorbido una alimentación terrestre; dos seres diferentes porque se tenía este sentimiento instintivo: el bebé que acaba de nacer es solar. Al tomar el primer alimento, deviene una criatura terrestre. Era por lo que el que acababa de nacer y no había tomado alimento alguno no pertenecía a la tierra. Según las leyes ocultas que me gustaría abordar otra vez, el padre, según la conciencia de la justicia que era la de los antiguos germanos, tenía el derecho, después de haber mirado el niño que tras nacer ponían a sus pies, o bien de dejarle crecer, o bien de eliminarlo, porque todavía no era criatura terrestre. Pero luego que el niño hubiese tomado aunque fuese una gota de leche, el padre no tenía el derecho de dejarle morir, el niño tenía que permanecer criatura terrestre, porque la naturaleza, el universo, la tierra, el cosmos le destinaban a eso. En estas antiguas costumbres se expresaban verdades de una inmensa importancia. Todo eso nos permite decir que el niño es solar. También nos permite considerar la mujer que acaba de dar a luz a un bebé como una criatura que se emparenta profundamente, esencialmente, con todos los procesos de la tierra – porque la tierra se prepara en el corazón del invierno a ocultar el elemento sal, es decir el elemento lunar - , y ella puede ubicarse para acoger en ella el elemento solar. Y entonces ella se eleva por encima del elemento solar mismo, hasta el cielo al que pertenece también la cabeza humana.

Podemos decir entonces más o menos esto. Transportémonos, para ubicar bien nuestra alma en la atmósfera de Navidad, en la esencia misma del ser humano. En la atmósfera de Navidad se expresa el nacimiento del niño Jesús destinado a recibir al Cristo.

Miremos bien esto. Si observamos este suceso tal como se presenta en la imagen de María, sentimos primero la necesidad de representar la cabeza de María de tal manera que toda la expresión, la mirada toda expresa algo celeste. Después indicaremos que este personaje de María se prepara para acoger el sol, el Niño, el sol tal como irradia en la atmósfera. Por fin, a los pies de María, evocaremos el principio lunar-terrestre.

Imaginad, si yo quisiese representar eso con la ayuda de una imagen, procedería así: el principio lunar-terrestre, es como un fuego que se incuba bajo la superficie del suelo. Si fuésemos a los confines del universo, encontraríamos un punto donde el hombre irradia en el universo, veríamos una irradiación de estrellas viniendo de la tierra como de un cielo, una irradiación que la tierra envía a los espacios cósmicos. La cabeza de María también tiene que irradiar como una estrella, quiero decir en su expresión humana, aunque en su fisonomía, en toda la actitud, tendríamos la expresión de una estrella radiante (imagen II).

Si a continuación descendemos hasta el pecho, vemos lo que está vinculado al proceso respiratorio: el principio solar formándose a partir de las nubes que son atravesadas por el sol radiando en la atmósfera, el Niño.

Y más abajo vemos lo que está determinado por el principio sal que crea las formas, por las fuerzas de la luna; expresaremos eso exteriormente introduciendo los miembros en el dinamismo terrestre y haciéndoles subir del elemento lunar de la tierra – la tierra en la medida en que está penetrada por la luna, por así decir.

Tendríamos que representar todo esto como un arco iris. Cuando en efecto miramos desde el universo hacia la tierra, esta se presenta de tal manera que vemos a través de la radiación de las estrellas la tierra como si, bajo su superficie, ella centellease hacia el interior con los colores del arco iris. Por encima se eleva, sometido primero a la dinámica terrestre, a los miembros, a la tierra, a la gravedad, etc., lo que ciertamente no puede expresarse que como un vestido del ser humano, cuyos pliegues están dictados por las fuerzas terrestres. Tendríamos entonces abajo el vestido conforme a las fuerzas de la tierra. Luego continuaríamos hacia arriba y dibujaríamos lo que toma forma en el



elemento terrestre-lunar. También podríamos representar la luna si lo quisiésemos expresar simbólicamente, pero este elemento lunar ya está expresado en la forma de la tierra.

Continuamos hacia arriba, tomamos lo que viene del elemento lunar, vemos traspasar a través de las nubes una masa de cabezas humanas que tienden hacia abajo; una de ellas se ha condensado para devenir el sol sentado en los brazos de María, el Niño Jesús. Y debemos de completar el conjunto hacia arriba con la ayuda del rostro de María, cuya fisonomía expresa la radiación de las estrellas.

Si comprendemos que el corazón del invierno representa la relación del cosmos con el hombre, el hombre que toma en él las fuerzas fecundantes de la tierra, no tenemos otra alternativa que la de representarnos, hasta las formas salidas de las nubes, la imagen siguiente; la mujer dotada de las fuerzas de la tierra, hacia abajo las fuerzas de la luna, en el medio las fuerzas del sol, hacia la cabeza las fuerzas de las estrellas. Es del cosmos mismo del que nace a nuestros ojos la imagen de María con el Niño Jesús.

Y de la misma manera que en otoño comprendemos el cosmos y depositamos en una imagen todo lo que contiene de fuerzas formatrices, estamos fuertemente constreñidos a dar una forma artística al combate de Micael con el dragón – como expuse ayer -, de la misma manera todo lo que podemos experimentar en el tiempo de Navidad viene a confluir en la imagen de María y el Niño Jesús que en otros tiempos, y notablemente en los primeros siglos del cristianismo, flotaba de maneras diversas ante los ojos de los artistas, y cuyos últimos ecos en la evolución de la humanidad están conservados en la Virgen de la capilla Sixtina de Rafael. Esta virgen es un fruto del gran conocimiento de la naturaleza y del espíritu que reinaba en los tiempos antiguos. Porque es la obra de la Imaginación que se impone a aquel que, por medio de la contemplación, penetra en los secretos de Navidad y de la vida que se relaciona con ello.

Así podemos decir: el curso del año debe de ser vivido por la visión interior en Imaginaciones grandiosas y bien definidas. Si salimos al mundo que nos rodea con todo nuestro ser y el alma despierta, el principio del otoño será para nosotros la Imaginación grandiosa del combate de Micael contra el dragón. Y de la misma manera que no podríamos representar al dragón si no sulfuroso – la masa de azufre que se abre un camino en la forma del dragón -, de la misma manera que aparece la espada de Micael si nos representamos el hierro meteórico concentrado, reunido en esta espada, de la misma manera surge lo que podemos experimentar en Navidad con la imagen de María con su vestido revestido según las fuerzas de la tierra, mientras que la capa – la pintura tiene hasta esos detalles – debe redondearse hacia el interior, tomar la redondez de la gota de mercurio, de manera que a la altura del pecho nos da la impresión de que se pliega sobre si misma. Es cuando las fuerzas solares hacen su entrada. Y el Niño Jesús en su inocencia, que debe de ser concebido como no habiendo tomado todavía alimento terrestre, es la acción propia del sol en los brazos de María; arriba de la imagen, la influencia de la radiación estelar. Y debemos representarnos viniendo a nuestro encuentro, la cabeza de María con un resplandor en los ojos viniendo del interior, la graciosa dulzura descendida de las nubes redondeadas como la esfera, el Niño en los brazos; y luego, hacia abajo, la capa entrando en la gravedad terrestre y expresando lo que es la gravedad (imagen II).

Nuestro cuadro no sería perfecto si no lo expresásemos con ayuda de colores.

Tendremos entonces la imagen que surgirá a nuestro mirar como la Imaginación cósmica de Navidad y, viviendo con ella, podremos ir hacia Pascua donde surgirán nuevas relaciones cósmicas que harán aparecer la Imaginación de Pascua de la que hablaremos mañana.

Así, el hombre saca la inspiración de su arte de los cielos, de su relación con la tierra. El arte verdadero es el fruto de la comunión del hombre con el universo físico y espiritual, que se le revela en Imaginaciones grandiosas.

Aunque el hombre no puede representarse todo el combate interior necesario para hacer nacer la conciencia de sí a partir de la conciencia de la naturaleza de otra manera que con la grandiosa imagen del combate de Micael con el dragón; todo aquello que en invierno puede obrar en su alma partir de la naturaleza se presentará ante su alma si pone delante de ella la Imaginación de la Madre con el Niño, tal como acabo de describirla.

Observar el curso del año, quiere decir ir de común acuerdo con el gran artista cósmico y hacer renacer en uno imágenes poderosas, pero que pueden convertirse en realidades para el corazón humano, las cosas que el cielo graba en la tierra. El curso del año podrá así aparecérsenos en cuatro Imaginaciones: la Imaginación de Micael, la Imaginación de María, y como veremos mañana y en conferencias sucesivas, la Imaginación de Pascua y la de San Juan.

Mañana buscaré primero el camino que nos llevará de Navidad a Pascua.



6. October 1723

Sahybeding  
Mercurius  
Aschenbeding

PLANCHE I

6 OCTO



